

Entre la desestalinización y la lucha armada: Althusser y los comunistas argentinos

Marcelo Starcenbaum*

Resumen

En este trabajo se recorre la presencia de Althusser en las discusiones teóricas y políticas del comunismo argentino. En primer lugar, reconstruimos el rol significativo jugado por las tesis althusserianas a mediados de la década de 1960 en el contexto de crisis del Partido Comunista Argentino (PCA). Nos detenemos en la importancia otorgada a la articulación entre las tareas políticas y las tareas teóricas y en el privilegio adquirido por el estudio científico de la realidad argentina. Luego analizamos el lugar del althusserianismo en la discusión entre los grupos insurreccionalistas y guerrilleros que formaban parte de la disidencia comunista. Al respecto nos concentramos en la experiencia del zaratismo, una tendencia que articuló de manera programática el guevarismo con el marxismo althusseriano. Reconstruimos luego el proceso a través del cual la derrota política del zaratismo contribuyó a la atención prestada por el PCR (Partido Comunista Revolucionario) al althusserianismo. Finalmente analizamos la relación entre el alineamiento del PCR con el proceso revolucionario chino y el marcado antialthusserianismo que signó al partido durante la primera mitad de la década de 1970.

Palabras claves: Argentina – althusserianismo – comunismo – zaratismo.

* Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeña como docente e investigador en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la mencionada universidad.

Resumo

Neste trabalho é coberta a presença de Althusser nas discussões teóricas e políticas do comunismo argentino. Primeiro, reconstruímos o papel significativo desempenhado pelas teses althusserianas em meados da década de 1960, no contexto da crise do Partido Comunista Argentino (PCA). Focamos na importância dada à articulação entre tarefas políticas e tarefas teóricas e o privilégio adquirido pelo estudo científico da realidade argentina. Em seguida, analisamos o lugar do Althusserianismo na discussão entre os grupos insurrecionistas e guerrilheiros que faziam parte da dissidência comunista. A esse respeito, nos concentramos na experiência do Zaratismo, uma tendência que articulou programaticamente o guevarismo com o marxismo althusseriano. Em seguida, reconstruímos o processo pelo qual a derrota política do Zaratismo contribuiu para a atenção dada pelo PCR (Partido Comunista Revolucionário) ao Althusserianismo. Finalmente, analisamos a relação entre o alinhamento da PCR com o processo revolucionário chinês e o marcado anti-althusserianismo que marcou o partido durante a primeira metade dos anos 70.

Palavras-chave: Argentina - althusserianismo - comunismo - zaratismo

La necesidad de la teoría: lucha política y lucha teórica en la recuperación revolucionaria del PCA

Las tensiones desarrolladas en el interior de la estructura partidaria entre el Comité Central (CC) y sectores mayoritarios de la Federación Juvenil Comunista (FJC) alcanzaron, hacia 1967, un nivel de confrontación inusitado. Si bien la línea partidaria sufría desde hacía unos años un proceso de creciente deslegitimación entre la militancia juvenil, fue precisamente en aquel año cuando el carácter impugnador de las posiciones del CC comenzó a articularse con formulaciones programáticas. Los textos que operaron a modo de condensadores de los elementos fundamentales de la disidencia partidaria anudaron una revisión crítica del posicionamiento del PCA frente a los procesos políticos locales e internacionales con un incipiente trabajo de sistematización de una línea política paralela a la sostenida por el CC.

Las condiciones de posibilidad de dicha articulación habían sido establecidas por el golpe militar de 1966. Este acontecimiento era invocado por la FJC como el elemento que obligaba a un proceso de autocrítica y corrección de los errores cometidos por el Partido durante el gobierno de Illia. El derrocamiento del gobierno radical por parte de los sectores tradicionalistas de la derecha argentina y la absoluta pasividad de las masas frente a dicha imposición eran –en el balance realizado por la juventud comunista– indicativos de un progresivo desdibujamiento de las concepciones leninistas con las que el Partido había abordado la política de Illia en los comienzos de su gobierno. Se contraponía, de este modo, la advertencia realizada por el XII° Congreso sobre el posible giro derechista de los partidos burgueses con plataformas electorales progresistas, con la afirmación de la VII° Conferencia de que el Partido tendría que haber apoyado las medidas progresistas de Illia a los fines de consolidar un gobierno democrático que satisficiera las reivindicaciones obreras y populares. La sugerencia retrospectiva sobre el gobierno de Illia, la oposición al onganiato a través del llamado a un frente democrático y patriótico y la militancia por un gobierno provisional que convocara una asamblea constituyente, así como el hecho de que no se expresara en los documentos partidarios la necesidad de la toma

del poder, formaban parte de una crítica interna que tendía a hacer cada vez más visible la incapacidad del PCA para convertirse en la vanguardia revolucionaria de la clase obrera.

La crítica estaba estructurada fundamentalmente alrededor de la caracterización de las posiciones del CC como una “desviación oportunista” que había llevado al Partido a colocarse “a la cola de la burguesía liberal o nacionalista”¹. Era esta política de *seguidismo* de la burguesía la que aparecía en la interpretación disidente como la responsable de haber conducido al PCA a posicionamientos claudicatorios de los principios comunistas, como el apoyo a los Azules en el conflicto militar de 1962, la confianza en las posibilidades de Illia de reorganizar su gobierno o la apuesta a la oposición a Onganía por parte de grupos de coroneles del Ejército. En términos más amplios, la desviación en la aplicación de la línea del XII° Congreso era remitida a la postulación de la coexistencia pacífica como el objetivo estratégico del movimiento comunista internacional, la ubicación de la clase obrera como factor secundario del impulso democrático y antiimperialista de la burguesía argentina, y el otorgamiento de un carácter pacífico al proceso revolucionario a desarrollarse en Argentina. El modo en el cual los sectores disidentes sometían a discusión la vía pacífica al socialismo y se defendían de las acusaciones de proponer una sustitución del movimiento de masas por la lucha armada, era indicativo de que la mayor tensión en los ámbitos partidarios se ubicaba en el problema de las vías de la revolución.

Precisamente, la denuncia del carácter desviado de la línea política aplicada por el CC y la advertencia sobre el carácter errático de sus posicionamientos en la coyuntura política argentina, dejaba entrever el florecimiento entre los sectores disidentes de una serie de lineamientos políticos alternativos a la vía democrática y pacífica al socialismo.

El más importante de ellos era el postulado de la necesidad de conducir a la clase obrera por un camino independiente de la burguesía y con objetivos revolucionarios.

¹ “¿Por qué no se quiere discutir?”, Forjador. Revista bimestral del Comité Ejecutivo de la FJC, 1967, p. 5.

Se lo presentaba como la única línea política que habilitaba el acercamiento efectivo entre el partido y los trabajadores, así como la lucha contra los intentos burgueses de hegemonizar a la clase obrera. La conducción del proletariado por una senda independiente era postulada como el posicionamiento más seguro a los fines de combatir los golpes militares reaccionarios y evitar que éstos ocurrieran una vez restaurado el sistema democrático. Asimismo, este redireccionamiento de los objetivos políticos se articulaba con un énfasis en la necesidad de la autodefensa de las masas. Sobre la advertencia del escaso esfuerzo del partido por favorecer la organización de la clase obrera –adjudicado a “una insuficiente comprensión sobre el problema del poder”²–, los argumentos de los grupos disidentes se dirigían hacia la necesidad de crear condiciones para el desarrollo de una situación revolucionaria en Argentina.

El carácter programático de las formulaciones políticas de la disidencia partidaria se consolidó en 1968 a partir de la conformación del Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria (CNRR). Como anunciaba su “Declaración constitutiva”, publicada en el número 1 de *Nueva Hora*, el PC y la FJC se enfrentaban a “la crisis más grave y profunda de su historia”³, cuyas causas eran adjudicadas al abandono por parte del partido de la tarea de dirección revolucionaria de la clase trabajadora y a la disminución de la influencia del comunismo entre el movimiento obrero y campesino. El CNRR se proponía como un instrumento de reencauce del partido en las sendas del marxismo-leninismo y como una expresión de los interrogantes que se habían desarrollado en el seno del partido desde mediados de la década de 1960. En relación a esto último, los argumentos recuperacionistas remarcaban especialmente preocupaciones en torno al por qué de la permanencia de la ideología de conciliación de clases entre los trabajadores, la ausencia de perspectiva revolucionaria del poder en los órganos partidarios, la separación política

² CC-FJC, Hacia el °IX Congreso por la unidad y la defensa de la F.J.C. y el P.C. sobre la base de los principios leninistas, Octubre de 1967, p. 27.

³ PCA-CNRR, “Declaración constitutiva del Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria”. *Nueva Hora*, N° 1, 12 de febrero de 1968, p. 1.

del partido de las masas, la incapacidad para captar a fracciones de la clase obrera influenciadas por el peronismo y la disminución de la combatividad de la militancia partidaria.

La constitución del CNRR implicó una demarcación más pronunciada frente a la vía pacífica al socialismo y una formulación explícita de la necesidad de adoptar la vía armada para la conquista del poder. La impugnación de la postergación de la lucha por la hegemonía de la clase obrera, fue dejando lugar a un tono más propositivo; de esta manera, los argumentos esgrimidos por el CNRR comenzaron a concentrarse cada vez más alrededor de los problemas relativos a la transformación revolucionaria a través de la vía armada. La necesidad de separarse del privilegio otorgado a los métodos pacíficos de lucha resultaba, en primer término, de una interpretación de la coyuntura argentina que tendía a enfatizar la agudización de la lucha de clases, el carácter crecientemente represivo del Estado, la presencia política de las Fuerzas Armadas y la intervención del imperialismo estadounidense. Esta necesidad remitía, asimismo, a un posicionamiento frente a la situación latinoamericana en el cual la valoración de la Revolución cubana aparecía desempeñando un rol preponderante. Concebido como elemento certificador de la practicabilidad del socialismo y de la verdad del marxismo-leninismo, el desarrollo del proceso revolucionario cubano operaba a modo de soporte de la postulación de la necesidad de coordinar y unir a las fuerzas revolucionarias del continente en un nuevo plano de solidaridad regional.

La propuesta de adopción de la vía armada y la posición favorable al guevarismo poseían, al momento de constitución del CNRR, una singularidad que debe ser destacada. Anclada en las tesis de enfrentamiento al oportunismo de derecha y al reformismo establecidas en la Conferencia de los 81 Partidos Comunistas y Obreros en 1960, la “Declaración constitutiva” del CNRR enfatizaba la necesidad de luchar contra las tendencias y prácticas que, en pos de combatir dichas desviaciones, se habían ubicado en un terreno igualmente ajeno al marxismo-leninismo. Se condicionaba la unidad del Movimiento Comunista Internacional a la derrota de las líneas de Mao y de la Liga Comunista de Yugoslavia, calificadas respectivamente de

“nacionalista, antisoviética y divisionista” y “reformista y nacionalista”, y a la superación de las posiciones de Debray, caracterizadas como “concepciones pequeñoburguesas”⁴. En este mismo sentido, en un artículo publicado en el número 6 de *Nueva Hora*, titulado “Las vías de la revolución”, Rosendo Irusta [seudónimo de Otto Vargas] se esforzaba por asociar la opción por la vía armada con una interpretación de los procesos latinoamericanos en el marco de una situación revolucionaria general. El énfasis en la madurez de las condiciones para una insurrección armada operaba como argumento fortalecedor de la disociación entre la adopción de la vía armada propiciada por el CNRR y posiciones como el “putschismo aventurero” o el “guerrillerismo a ultranza desgajado de la lucha de clases”⁵. Se enfatizaba, por ello, la necesidad de apuntalar el accionar de los comandos obreros, a los cuales se les adjudicaba la tarea de enfrentar al aparato represivo del Estado, ganar a los trabajadores para la lucha contra la dictadura y preparar a la clase obrera para la insurrección armada.

Uno de los aspectos más destacables del esfuerzo en pos de la recuperación del carácter revolucionario del partido lo constituyó la articulación entre las tareas políticas y el trabajo teórico. Así como la formulación de una línea independiente de la clase obrera y la opción por la vía armada formaban parte de un programa de lucha política contra el seguidismo y el pacifismo de la vieja dirigencia comunista, el CNRR estableció como una de sus prioridades el desarrollo de una lucha contra los efectos del oportunismo en el terreno de la teoría. La disputa era cifrada fundamentalmente en términos de una superación de lo que era concebido como una tradición de análisis de la realidad argentina a través de las variables de una línea política prefijada. De este modo, la recuperación de la política revolucionaria se presentaba necesariamente asociada a una reformulación de las relaciones entre teoría y política, a partir de la cual la primera dejaría de ser únicamente el terreno sobre el cual se verificaban las

⁴ PCA-CNRR, “Declaración constitutiva del Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria”, art. cit., p. 4.

⁵ R. Irusta, “Las vías de la revolución”, *Nueva Hora*, N° 6, Junio de 1968, pp. 2-3.

verdades de la segunda.

La jerarquización del trabajo teórico y su conceptualización como un momento necesario de la práctica revolucionaria tuvieron un efecto concreto a principios de 1969 con la publicación del primer número de la revista *Teoría y política*. Como indicaba la “Presentación” a su edición inaugural, el CNRR le otorgaba a la revista el carácter de instrumento de producción de conocimientos que orientara permanentemente al partido en su accionar político. La creación de un espacio dedicado específicamente al trabajo teórico aparecía justificado por la necesidad de dejar atrás una “práctica teórica distorsionada”⁶, epíteto que refería a las operaciones de silenciamiento y tergiversación de datos de la realidad a los fines de legitimar la línea política partidaria. La manera en la cual se denunciaba la subestimación de los movimientos revolucionarios antiimperialistas y la justificación de los *errores e imperfecciones* del comunismo soviético daban cuenta del carácter conservador que los grupos disidentes le otorgaban a la *distorsión* entre teoría y política operada por la vieja dirigencia partidaria. A modo de contrapunto, el CNRR se proponía como una de sus tareas principales la realización de “un análisis teórico marxista-leninista de la estructura económico-social y de las superestructuras político e ideológica de la sociedad argentina”⁷. Solo a partir de este trabajo, se aseguraba, se podría abordar de una manera no dogmática los problemas planteados por las revoluciones latinoamericanas y el desarrollo del movimiento comunista internacional.

En el mismo primer número de *Teoría y política*, el articulista Andrés Marín introducía una serie de disquisiciones sobre la especificidad del trabajo teórico a desarrollar por los militantes comunistas. Su texto “Espontaneidad y conciencia de clase” daba cuenta de una problematización de la relación entre teoría y práctica revolucionaria que enfatizaba las tareas de esclarecimiento y demarcación entre la clase obrera. El tratamiento del problema del ocultamiento y la invisibilización de la realidad remitía tanto a *El Capital* como a su reactualización estructuralista –Maurice

⁶ “Presentación”, *Teoría y Política*, N° 1, enero-febrero de 1969, p. 1.

⁷ *Ibíd.*, p. 2.

Godelier, en este caso— y la conceptualización de la conciencia obrera remarcaba permanentemente la importancia de la intervención del partido en tanto portador de la teoría. Para poder superar finalmente las posiciones espontaneístas, aseguraba Marín, era fundamental que los militantes comunistas desarrollaran un trabajo que fuera capaz de asegurar la “mediación científica”⁸ entre el interés objetivo y la conciencia de la clase revolucionaria. Este trabajo era cifrado en términos de una “práctica teórica”⁹:

La plusvalía, como categoría científica, exige para su elaboración, el desocultamiento de la esencia del régimen capitalista, y por eso requiere un tipo de práctica que opere como negación teórica de la representaciones falsas elaboradas por el mismo obrero a partir de su inserción obligatoria (determinada por su cualidad de poseer solo su fuerza de trabajo) en el conjunto de las relaciones sociales articuladas por la presencia de la burguesía como clase dominante¹⁰.

En consonancia con el esfuerzo de superación de las limitaciones de la inserción del comunismo en la clase obrera, los objetivos particulares del trabajo teórico eran remitidos a la especificidad del contexto en el cual este debía desarrollarse. Marín le asignaba a los militantes comunistas la tarea de explicitación de que en un país capitalista dependiente como Argentina, la contradicción entre burguesía y proletariado se expresaba en un enfrentamiento entre la oligarquía burguesa-terrateniente por un lado, y el proletariado y fracciones y clases aliadas por el otro. En ese sentido, la intervención militante en el interior de la clase obrera estaba condicionada a que la difusión de los aspectos doctrinales del marxismo se vinculara con un trabajo permanente de “explicación de cómo conquistar efectivamente el socialismo en ese país”¹¹. La necesidad de subrayar que, en tanto país oprimido por la dominación imperialista, Argentina debía atravesar un proceso de liberación social

⁸ *Ibíd.*

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ A. Marín, “Espontaneidad y conciencia de clase”, *Teoría y Política*, N° 1, enero-febrero de 1969, p. 4.

¹¹ *Ibíd.*, p. 9.

y nacional, se correspondía con una reivindicación de la actividad propagandística. Solo las tareas de propaganda, aseguraba Marín, permitía a los obreros “comprender teóricamente por qué en la Argentina, los campesinos pobres y medios y vastos sectores de las capas medias son sus aliados en esta fase de la revolución”¹².

Insurrección o guerrilla: el marxismo althusseriano y el debate acerca de la lucha armada

Si bien presentes en el énfasis otorgado a la lucha teórica en la disputa contra el dogmatismo comunista, las tesis althusserianas ocuparán un lugar destacado en los debates desarrollados en el seno del CNRR en torno al carácter que debía adoptar la vía armada en el desarrollo del proceso revolucionario en Argentina. Como se percibía en el segundo número de la revista, un sector de la disidencia partidaria tendía a concebir la superación de las posiciones pacifistas y la adopción de la lucha armada en una clave insurreccionalista. La intervención que sistematizaba este posicionamiento, “Observaciones para el debate sobre la vía armada en Argentina” de Mariano Martín, postulaba como principal acción política del partido la preparación de una insurrección armada en las ciudades, quedando subordinado a esta el accionar de las formaciones guerrilleras. Partiendo del supuesto de que solo el trabajo teórico permite determinar las formas del proceso revolucionario, el trabajo de Martín consistía en un análisis económico, social y político de la realidad argentina que se coronaba con la delimitación de una estrategia de lucha para el contexto local. Así, en primer lugar, se hacía referencia a un país con un desarrollo capitalista dependiente, con zonas de concentración proletaria y espacios con relaciones pre-capitalistas, una clase obrera con tradición combativa aunque reformista, un campesinado poco numérico, un gran peso de la burguesía, y un estado fortalecido y con alta capacidad represiva. En consecuencia, se formulaba una estrategia centrada en el accionar político del partido y el apoyo de una fuerza clandestina que llevara a cabo acciones de propaganda armada, construyera la infraestructura para la

¹² *Ibíd.*, p. 10.

insurrección y desarrollara un trabajo sistemático de inteligencia.

En un tenor argumentativo que evidenciaba la disputa con otras formulaciones programáticas, Martin se esforzaba en refutar aquellos posicionamientos que derivaban del análisis de la realidad argentina la necesidad de priorizar las acciones guerrilleras. Martin advertía sobre lo inadecuado que resultaba la adopción de la guerra popular prolongada en un país, como Argentina, en el que estaban ausentes las condiciones que tornaban necesaria dicha estrategia, como la composición social predominantemente campesina y el estado de crisis crónica. Igualmente forzado en el contexto local aparecía abordado el modelo de organización clandestina y profesionalizada centrado en la propaganda armada. Ejemplificado a través del caso de Tupamaros, se juzgaba de manera negativa el modo a través del cual, al no articular la actividad militar con el accionar político, este tipo de organizaciones veían menguadas sus capacidades de vinculación con la clase obrera y de incidencia en la coyuntura política. Si bien remarcaba el valor excepcional de la propaganda armada, Martin insistía en la distancia existente entre el accionar militar de una organización y su transformación en una fuerza socialmente proletaria.

En el mismo número de *Teoría y Política*, el texto “Ciencia y violencia” sistematizaba las posiciones de la línea a la que aludía críticamente el artículo de Martin. Esta tendencia estaba encabezada por Mauricio Malamud y Luis María Aguirre¹³ y era conocida como zaratismo por utilización por parte de aquellos de los seudónimos de Camilo y Gervasio Zárate. Como explicitaba el documento

¹³ Mauricio Malamud había comenzado su militancia en el PCA en la década de 1930. Estuvo vinculado a la revista *Propósitos* que dirigió Leónidas Barletta y fue director de la Galería de Pintores Argentinos que funcionó durante la década de 1950 en el Teatro del Pueblo. En la primera mitad de la década de 1960 transitó por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y por los grupos de estudios privados que florecieron por aquellos años. Habría tomado contacto por primera vez con la obra de Althusser a través del filósofo argentino Saúl Karsz. Karsz había viajado a París para realizar una tesis sobre Hegel con Jean Hyppolite, pero la irrupción del marxismo althusseriano lo había llevado a abandonar sus estudios sobre el hegelianismo y a abocarse al estudio de la obra de Althusser. Malamud habría recibido a través suyo ejemplares de *Pour Marx* y *Lire Le Capital*. Esta lectura tuvo efectos concretos en Malamud y en los grupos de estudios de los que formaba parte. Quienes participaban junto a él en el grupo de estudios de Raúl Sciarreta enfatizan el carácter disruptivo de las intervenciones en clave althusseriana realizadas por Malamud en las clases. El grupo que confluyó en el zaratismo estaba conformado por su hija Marina, su yerno Aguirre, Isaías Sokolowicz y la pareja conformada por Susana del Carmen Giacché y Sergio Schneider.

programático, el zaratismo postulaba como objetivo estratégico “conquistar Latinoamérica para el socialismo en un proceso de lucha armada inaugurado continentalmente por la Revolución Cubana”¹⁴. Uno de los elementos distintivos del posicionamiento zaratista lo constituía la articulación establecida entre las formulaciones guevaristas y el marxismo althusseriano. Como indicaba una nota ubicada al final del documento: “los conceptos teóricos que instrumentan este análisis, están tomados de la obra del intelectual marxista Louis Althusser”¹⁵. De manera divergente con las otras intervenciones sobre la vía armada reproducidas en la revista, el trabajo de Malamud y Aguirre, si bien refería a los textos clásicos sobre dicho problema, como los de Clausewitz, Lenin, Mao y Giap, le otorgaba un rol destacado a los desarrollos teóricos del marxismo contemporáneo. Así, en un apartado específico de la bibliografía utilizada en el documento, se mencionaba como obras que habían resultado fundamentales en el establecimiento de una estrategia revolucionaria a *La revolución teórica de Marx*, el cuaderno *La filosofía como arma de la revolución* y *Lire Le Capital*.

Dicha inscripción teórica redundaba, en primer lugar, en un esbozo de formalización del debate sobre la vía armada. En una inflexión que singularizaba su intervención, Malamud y Aguirre dedicaban un momento previo de la formulación de sus propias posiciones a un trabajo de presentación y encuadramiento de las diferentes variables inscriptas en la discusión sobre el carácter que debía asumir la vía armada en Argentina. De esta manera, se describía una situación en la que diversos sectores diferían de las posiciones pacifistas y oportunistas, invocaban al marxismo como principio fundamental en sus formulaciones programáticas, consideraban que sus planteos eran verdaderos porque estaban basados en la doctrina científica de Marx, y aún así, divergían entre ellos en relación a la táctica necesaria para el desarrollo de una estrategia revolucionaria. Se delimitaba entonces, a modo de diagrama, una “zona de acuerdo aparente”, en la cual aparecía el marxismo como

¹⁴ C. Zárate y G. Zárate, “Ciencia y violencia”, *Teoría y Política*, N° 2, marzo-abril de 1969, p. 33.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 55.

doctrina invocada y una América Latina socialista como objetivo estratégico, y una “zona de desacuerdos visibles”¹⁶ en la cual se ubicaban las formas de lucha armada.

Sobre este esquema se elaboraba una secuencia analítica destinada a una demarcación al interior de la tradición marxista. Malamud y Aguirre establecían como tarea primordial un ejercicio de comprobación si los desacuerdo a nivel táctico remitían a desacuerdos estratégicos, ya que la constatación de esta subsistencia sería indicativa de que los que estaba en contradicción no era solamente la forma de lucha sino el objetivo político. Por ello, se hacía un llamamiento a todos los sectores que participaban del debate a que explicitaran “en qué consiste finalmente la teoría y método marxista que todos invocamos por igual”, lo cual permitiría determinar “si efectivamente partimos de una base común igualmente entendida”¹⁷.

En este sentido, Malamud y Aguirre argumentaban que la única manera de garantizar que la forma de lucha sea la correcta radicaba en que el debate sobre la vía armada se desarrollara sobre una igualmente correcta concepción de las relaciones entre teoría y política. Al respecto, la *base común* de la que debía partir cualquier formulación sobre la estrategia revolucionaria consistía en la interiorización del siguiente encadenamiento: la guerra revolucionaria es una forma de lucha política – la lucha política es una forma de la lucha de clases – la lucha política revolucionaria tiene como objetivo la toma del poder – la práctica política está determinada por la teoría. Y era precisamente sobre este último eslabón que se realizaban las mayores precisiones conceptuales. El hecho de que la práctica política esté determinada por la teoría revolucionaria, implicaba que, en el marxismo, como en toda ciencia, la práctica está subordinada a un método que está producido a su vez por su teoría. Dichas disquisiciones intentaban despejar otras conceptualizaciones de las relaciones entre teoría y práctica, especialmente aquella que postulaba que la teoría se funda en la práctica espontánea. Enfatizando que la ciencia se constituye con la teoría de sus objeto, Malamud y Aguirre concluían con la sentencia “Marxismo quiere decir:

¹⁶ *Ibíd.*, p. 33.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 34.

Materialismo Histórico y Materialismo Dialéctico”.

Al momento de delimitar las tareas que le correspondían al CNRR, en tanto órgano responsable de la recuperación del carácter revolucionario del PCA, el énfasis en la conceptualización del marxismo como Materialismo Histórico y Materialismo Dialéctico conducía, consecuentemente, a una equiparación del trabajo político con el trabajo teórico. Los argumentos del zaratismo tendían a remarcar que solo se garantizaba la recuperación revolucionaria de la organización política si esta tarea estaba acompañada de una recuperación de la teoría revolucionaria. Por esta razón, los esfuerzos de Malamud y Aguirre no estaban centrados tanto en la impugnación a la línea partidaria y su aplicación, sino en la problematización de lo que era denominado el “déficit teórico” del partido. En un sentido análogo a aquella caracterización de la “práctica teórica distorsionada” realizada en el primer número de *Teoría y Política*, se describía de manera negativa de qué manera el PCA había reemplazado el necesario “análisis científico marxista de cada situación local” por la adopción de un modelo revolucionario universalmente válido. La adjudicación de un carácter insustituible a la investigación científica de la realidad que se pretendía transformar, se anudaba tanto con un impulso a la apropiación del Materialismo Histórico por parte de los militantes comunistas como con una advertencia sobre el tenor a-científico del traslado a la realidad argentina de una solución adecuada para otro contexto. En suma, la recuperación de la teoría revolucionaria era la única garantía de que la lucha política fuera efectivamente revolucionaria: “si la guerra es una forma de lucha política, la guerra será revolucionaria siempre que, y sólo si, la política de la cual es su forma armada, sea política revolucionaria; y la práctica política será revolucionaria siempre que, y sólo si se funda en la Doctrina Científica de Marx”¹⁸.

El énfasis en el carácter científico de la doctrina marxista implicaba que los esfuerzos de recuperación de la teoría revolucionaria se dirigieran hacia una

¹⁸ *Ibíd.*

jerarquización de la obra madura de Marx. Si la lucha política revolucionaria solo se garantizaba con una recuperación de la teoría revolucionaria, la única manera de asegurar que la teoría fuera realmente revolucionaria era una apropiación de la teoría y el método inaugurados en *El Capital*. La importancia de la circunscripción a esta obra radicaba, según Malamud y Aguirre, en que allí Marx realiza un ajuste de cuentas con su conciencia anterior, denuncia las formas ideológicas y no-científicas de dar cuenta de lo real y funda una ciencia en la cual lo económico se transforma en uno de los niveles de la estructura del modo de producción. El encuentro con la doctrina marxista debía desarrollarse, por ende, a partir del supuesto de que la obra madura de Marx opera una ruptura fundamental con las obras de su juventud: “en el acto mismo en que se constituye la Historia como Ciencia se produce la REVOLUCIÓN TEÓRICA DE MARX en que se liquida a la historia basada en las filosofías tradicionales rechazarse y reemplazarse todo el contexto de la vieja filosofía por la nueva filosofía de Marx: el Materialismo Dialéctico”¹⁹.

En tanto el Marx maduro era el único vector que posibilitaba la concurrencia entre práctica transformadora y teoría revolucionaria, el conocimiento de la filosofía fundada en *El Capital* era invocado como el elemento que permitía evitar las desviaciones recurrentes en el terreno de la política comunista. De este modo, aquellos anclajes en la obra de Marx caracterizados por la no interiorización de dicha *revolución teórica* eran exhibidos como posicionamientos teóricos que potencialmente podían desembocar en comportamientos políticos *oportunistas* o *izquierdizantes*. Por este camino, el establecimiento de una mediación científica con la obra de Marx adquiriría un tono rupturista a través del cual se reivindicaba este conocimiento y aplicación de la doctrina marxista, a la vez que se denunciaban otras aproximaciones al texto marxista como invocaciones de tipo *mágicas* o *religiosas*. En consecuencia, una teoría efectivamente revolucionaria permitiría otorgarle una certificación científica al comportamiento político del militante comunista. De este modo, los problemas vinculados a la violencia revolucionaria y al internacionalismo proletario

¹⁹ *Ibíd*, p. 37.

eran disociados de la voluntad o la valentía de la militancia comunista y direccionados hacia el cuerpo doctrinario del marxismo. A través de este movimiento, las acciones militantes en el terreno de la política comunista pasaban a ser conceptualizados como elementos “científicamente definibles”²⁰.

El trabajo teórico era dotado de una especificidad insustituible: “hay una práctica económica, una práctica política y una práctica ideológica; pero hay también una práctica teórica científica”²¹. Si bien el zaratismo desarrollaba una serie de formulaciones programáticas en torno a la estrategia revolucionaria para la realidad argentina, consideraba urgente la conformación de comisiones de estudio que trabajaran en torno a las relaciones entre la teoría revolucionaria y la práctica política transformadora. Este trabajo teórico debía llevarse a cabo a partir del supuesto de que lo único permanente y válido es el método marxista, y no la estrategia revolucionaria —la cual precisamente debía ser el corolario del análisis sobre la situación concreta. A los fines de evitar la concepción de la estrategia como invariable, y la consecuente *imitación* de modelos revolucionarios válidos para otros contextos, Malamud y Aguirre le otorgaban al trabajo teórico una serie de exigencias metodológicas tendientes a resaltar el carácter insustituible del análisis científico de la realidad nacional. Al respecto, al destacar la concepción del materialismo histórico como “TEORÍA GENERAL” y de la teoría de los modos de producción como “TEORÍA PARTICULAR”, enfatizaban la necesidad de elaboración de “TEORÍAS SINGULARES” para cada formación social y de “TEORÍAS REGIONALES” para cada una de sus instancias —económica, política e ideológica. Remarcando la idea de *corte* entre lo general y particular por un lado, y lo singular y regional por el otro, se privilegiaba a la formación económico-social como objeto analítico y —consecuentemente— se imponía la exigencia de teorizar las “impurezas” y “peculiaridades”²² de las expresiones nacionales del modo de producción capitalista. Es decir, ni abstracción ni inmediatez en el conocimiento de lo real, sino conjunción entre elementos aportados

²⁰ *Ibíd.*, p. 43.

²¹ *Ibíd.*, p. 39.

²² *Ibíd.*, p. 40.

por la teoría y datos contribuidos por la investigación sobre la realidad existente: “el conocimiento de la teoría, no produce el conocimiento de ninguna realidad concreta, pero sólo su conocimiento puede asegurarnos el estar provistos del método, del instrumental conceptual que interviene para elaborar el conocimiento concreto de tal o cual formación social o situación histórica”²³.

Si bien de manera provisoria, y con una serie de recaudos que remitían a la necesidad del trabajo en comisiones de estudio, Malamud y Aguirre finalmente esbozaban algunas formulaciones programáticas relacionadas con la estrategia revolucionaria. Refutadas las posiciones de la URSS y China, caracterizadas como resultado de la ausencia de una formulación positiva de la propia estrategia revolucionaria, y la de Yugoslavia, calificada de revisionista y subordinada al imperialismo, las valoraciones positivas del zaratismo se dirigían a las posiciones de Vietnam, Corea y Cuba. Aun destacando que estos posicionamientos no presentaban “un planteo teórico de rechazo y reemplazo” de las estrategias soviética y china, eran objeto de una ponderación en tanto poseían “una estrategia revolucionaria, real y actuante, desde la cual precisamente se diferencian de la posición de la URSS y PC reformistas, y China, y se ubican crítica y prácticamente en otra posición”²⁴.

En consecuencia, un apartado del documento, que llevaba el título “Tesis a elaborar sobre la base de la carta del comandante Che al Secretariado de la OSPAAAL (Abril de 1967) y los partidos no oportunistas o surgidos, como el nuestro, para la recuperación revolucionaria”, estaba dedicado a la explicitación de un programa de continuación de las formulaciones guevaristas con la finalidad de delimitar la estrategia revolucionaria adecuada para la realidad argentina. Si bien la continuación con las tesis de Guevara era cifrada en términos positivos, fundamentalmente en relación a la impugnación de las posiciones desviadas y a la prioridad otorgada a la situación concreta, este vínculo implicaba procesos de corrección y rectificación, especialmente en lo referido a la relación entre estrategia y táctica y al lugar del

²³ *Ibíd.*, pp. 40-41.

²⁴ *Ibíd.*, p. 46.

capitalismo desarrollado en la estrategia revolucionaria global.

Sobre este sustrato, el zaratismo establecía para la realidad argentina una estrategia de lucha armada con hegemonía de la clase obrera, en el marco de una estrategia continental y mundial contra el imperialismo y la recuperación del carácter revolucionario del movimiento comunista internacional. Al enfatizar la singularidad de la situación sobre la que se pretende intervenir, el contorno de la estrategia nacional se delineaba a partir de las peculiaridades de la *Argentina de 1969*. Aparecían destacados la diferencia entre zonas urbanas de gran concentración obrera y zonas de campesinado pobre, la inexistencia del desgaste del aparato estatal y el perfeccionamiento de los métodos de la lucha policial, militar y paramilitar. Por ello, si bien se le adjudicaba a esta situación una forma de lucha insurreccional, se explicitaba la necesidad de plantear el problema de la insurrección desde unos marcos que no fueran los de la oposición entre lo político y lo militar y los de la ecuación *proletariado = acción de masas / campesinado = lucha armada*.

De manera análoga se procedía con la teoría del foco, sobre la que se enfatizaba la necesidad de no tergiversar la experiencia cubana y no intentar trasladarla mecánicamente a la realidad argentina. Se afirmaba que el foquismo no consistía en “el planteo trasnochado de un blanquismo” ni la revolución cubana había sido “el éxito feliz de aventureros”²⁵, sino que el foco había sido un medio para crear las condiciones para el proceso revolucionario y había logrado captar a las masas antes de su irrupción y no solamente después. En último lugar, pero con el mismo tono refutador, aparecía la adopción de la estrategia terrorista, la cual era valorada como una forma de lucha que por sí sola no debilitaba al enemigo y que impedía la participación popular “por poner el acento en la técnica, en la relación hombre-arma”²⁶.

²⁵ *Ibíd.*, p. 53.

²⁶ *Ibíd.*, p. 55.

Organigramas para la revolución: althusserianismo y lucha armada en el nacimiento del PCR

La fundación del PCR en 1969 trajo aparejado una homogeneización de la línea política. Su Primer Congreso, realizado en diciembre de aquel año, estableció un programa de revolución popular, agraria, antiimperialista, antimonopolista, de liberación social y nacional y delimitó una estrategia revolucionaria en la cual la violencia de las masas y el accionar militar del Partido quedaban subordinados a la tarea de preparación de una insurrección armada. El hecho de que las tensiones desarrolladas en el CNRR culminaran con la imposición de la tendencia insurreccionalista implicó que una porción importante de las formulaciones del naciente partido estuviera dirigida a la refutación de las posiciones sostenidas por los sectores derrotados. De este modo, el PCR insistía en la necesidad de una reorganización del partido que le permitiera a este preparar un levantamiento insurreccional y llevar a cabo las tareas de liberación social y nacional. Direccionada dicha reorganización a la estructuración de un partido insurreccional, clandestino y centralista democrático, quedaba establecida como una de las principales tareas partidarias la liquidación de la idea de *partido selecto*. De allí que las formulaciones del “Informe del Comité Central” del PCR en su Primer Congreso giraran en torno a la insistencia en que todas las acciones violentas en contra de la dictadura se insertaran en la perspectiva de insurrección armada y en la diferenciación entre la lucha política y la lucha militar.

El “Balance de la actividad del partido” que acompañaba las resoluciones de su congreso fundacional, daba cuenta del conflictivo proceso que había culminado en la constitución del PCR. Al respecto, se caracterizaba retrospectivamente al CNRR como un espacio de confluencia de diversos sectores enfrentados al oportunismo del CC del PCA pero no lo suficientemente alejado de las “posiciones reformistas predominantes en el movimiento comunista y especialmente en el PCUS”²⁷. Por ello, si bien se

²⁷ PCR, *Primer Congreso del P.C.R.*, 11, 12, 13 y 14 de diciembre de 1969, p. 50

destacaba que la convergencia de los grupos disidentes había permitido avanzar en la caracterización de una desviación seguidista en el PCA, la definición de la vía armada como la vía revolucionaria adecuada para Argentina y la definición del reformismo como el principal obstáculo en el movimiento comunista internacional, se advertía que el CNRR no había logrado estructurar una crítica radical a las posiciones del viejo PC ni formular una línea efectivamente revolucionaria para la situación argentina. La revisión habilitaba, entre otras cosas, la caracterización de la “Declaración constitutiva” del CNRR como una expresión atada al “reformismo internacional”²⁸, lastre adjudicado tanto a la composición social predominantemente pequeño-burguesa de dicho órgano como a la experiencia marcada por las posiciones oportunistas que arrastraban la mayor parte de sus militantes.

A modo de legitimación de la línea establecida en el Primer Congreso, el PCR postulaba el establecimiento de una política de hegemonía proletaria y una estrategia insurreccional como aquella instancia que había desencadenado la lucha entre los diversos grupos que conformaban el CNRR. La historización de la disputa desarrollada en el proceso de ruptura del PCA se detenía en el enfrentamiento entre la *línea correcta* y un conjunto de “desviaciones oportunistas de derecha y oportunistas de izquierda”²⁹, al mismo tiempo que remarcaba la singularidad que había tenido esta lucha: “el embate se dio en línea, en tipo de partido, pero principalmente en teoría”. Si bien el Balance dejaba asentado que la estrategia insurreccional había sido resistida por una cantidad significativa de grupos pertenecientes al CNRR, la mayor parte de las refutaciones eran dirigidas a aquellas tendencias que, según se afirmaba, había desarrollado luchas fraccionales: “el grupo Colman-Azúa de Rosario, y Zárate de la Capital”. Sobre el primero, se mencionaba sucintamente que había propiciado una desviación “política e ideológicamente trotsquizante”, por la que habían sido “finalmente expulsados del partido”³⁰. Sobre el segundo, en cambio, se desplegaban una serie de diatribas que habilitan tanto una

²⁸ *Ibíd.*, p. 51.

²⁹ *Ibíd.*

³⁰ *Ibíd.*, p. 54.

complejización de los debates sostenidos en el seno del CNRR en los años previos como una aproximación a los modos a través de los cuales el PCR se legitimaba como órgano partidario a través de la derrota de las mencionadas tendencias.

Si bien los documentos fundacionales del PCR no se adentraban en la especificidad del “embate en teoría” desarrollado en el CNRR, las acusaciones que se proyectaban sobre el zaratismo permiten dar cuenta de la forma en la que era advertida la filiación marxista de la tendencia liderada por Malamud y Aguirre. Tal como vimos anteriormente, los momentos inmediatamente posteriores al Primer Congreso partidario estuvieron marcados por el señalamiento de la pervivencia de posiciones reformistas durante el período de funcionamiento del CNRR. De la misma manera, al referirse al accionar de los grupos acusados de fraccionalistas, se insistía sobre la continuidad de posiciones espontaneístas durante el proceso de recuperación del carácter revolucionario del PCA. Dicha insistencia, sin embargo, estaba acompañada por un esfuerzo en pos de desligar esta autocrítica de las acusaciones de espontaneísmo formuladas anteriormente por el zaratismo:

[El CNRR] fue incapaz de destruir las ideas escépticas sobre el estado de ánimo de las masas, las ideas doctrinarias, pedagógicas de construcción del partido, porque el informe y la práctica del Comité Nacional estaban fuertemente impregnados de espontaneísmo. No el espontaneísmo que nos adjudicó Zárate, para quien es espontaneísta compartir las teorías marxistas sobre el carácter de clase revolucionaria del proletariado, y que considera que el proletariado argentino nació a la lucha revolucionaria con la llegada de Zárate al marxismo.³¹

La pretendida inscripción refundacional del marxismo llevada a cabo por el zaratismo aparecía estrechamente vinculada con sus posicionamientos políticos, los cuales eran caracterizados como *desviaciones*, y su trabajo en el Partido, el que era catalogado de *infiltración*. De esta manera se sucedían afirmaciones condenatorias al zaratismo en lo relativo a su concepción del partido:

³¹ *Ibíd.*, pp. 54-55.

El grupo Zárate distribuyó nacionalmente sus cuadros en casi todas las zonas del partido y realizó un activo trabajo de zapa, cuyo contenido político recién dio a luz varios meses después de abrirse la discusión para el Congreso. Entonces formuló abiertamente su teoría, que reemplaza al partido por un grupo militar: el 'Ejército Revolucionario'. Este 'Ejército Revolucionario', a través de la guerrilla urbana, realiza la revolución y 'luego' de la misma, ante la intervención imperialista, se despliega recogiendo en su seno a 'los sectores de la masa que hayan tenido organización y acción paramilitar previa, fundamentalmente comandos obreros', para enfrentar la intervención extranjera³²

y a su estrategia revolucionaria:

Zárate confunde –y sus ideas penetraron relativamente en profundidad en el partido- el partido marxista-leninista, vanguardia de una clase social y estado mayor de la misma en la lucha revolucionaria, con ejército revolucionario, lo cual no es válido *ni* para la insurrección *ni* para la guerra campesina, de acuerdo con las tesis marxistas y la experiencia histórica de las revoluciones triunfantes. Y formula una tesis pequeñoburguesa de la revolución, que en política termina en un frente policlasista revolucionario como apoyo logístico de grupos de guerrilla urbana³³.

El proceso de movilización obrera desarrollado durante 1969 y 1970, así como el rol en él desempeñado por dirigentes y militantes del partido, otorgaron nuevas dimensiones a los parámetros a través de los cuales el PCR abordaba las diversas expresiones teóricas y políticas de la izquierda argentina. En este sentido, la conflictividad obrera desplegada en los acontecimientos de Córdoba, el Chocón y fundamentalmente Perdriel –en los que el partido tuvo un rol preponderante–³⁴ comenzaron a ser invocados como los indicadores de una nueva etapa de la lucha de

³² *Ibid.*, p. 56.

³³ *Idem.*

³⁴ El 12 de mayo de 1970 se produjo la toma de la matricería Perdriel de IKA-Renault en la provincia de Córdoba. Los obreros enfrentaban el traslado de delegados gremiales clasistas pactado entre la empresa y la conducción del SMATA. El conflicto finalizó a los pocos días con un triunfo de los obreros, acontecimientos que contribuyó al fortalecimiento de los sectores liderados por René Salamanca.

la clase obrera y, por lo tanto, como el espejo en el cual el resto de las organizaciones revolucionarias debían mirarse a los fines de advertir sus errores. La elevación en la conciencia de la clase obrera, deducida de fenómenos tales como la tendencia al enfrentamiento directo con la burguesía y las fuerzas del orden, la recurrencia de las ocupaciones de fábricas, las formas asamblearias de decisión política y el rebasamiento de los marcos gremiales, era invocada para evidenciar lo incorrecto del desarrollo de estrategias revolucionarias no insurreccionalistas.

Por tanto, la “Conferencia Permanente” de agosto de 1970 estará dedicada principalmente a rebatir los posicionamientos de las organizaciones armadas. En primer lugar, el PCR impugnaba las acciones realizadas por los grupos de origen marxista-leninista que habían girado hacia el populismo de izquierda, como las FAR. Sin embargo, el mayor esfuerzo argumentativo se depositaba sobre las organizaciones armadas que se proclamaban comunistas revolucionarias y que tenían planteos diferenciados del populismo de izquierda, fundamentalmente las FAL, de las cuales el zaratismo había sido uno de sus dos afluentes. Así como la sucesión de conflictos obreros era leída como un índice de la madurez de la clase obrera argentina, la estrategia centrada en las acciones de guerrilla urbana era exhibida como signo de la exterioridad de las organizaciones armadas con respecto a la lucha de las masas. La polémica entablada contra el zaratismo, si bien seguirá dando cuenta de las pretensiones refundacionales de su relectura de la tradición marxista, comenzará a centrarse cada vez más en el carácter *teórico* de dicha tarea. Por ello, a la sentencia ya esgrimida de que los Zárate “creen que el movimiento revolucionario de la clase obrera nace con ellos”, se le agregará una caracterización peyorativa sobre la importancia otorgada por esta tendencia al trabajo teórico: “son incapaces de ser vanguardia de una clase obrera adulta a la que los vapores reformistas pueden haber desorientado largo rato pero no aletargado, como creen estos teóricos de biblioteca”³⁵.

³⁵ PCR, *Conferencia Permanente del P.C.R.*, 15 y 16 de agosto de 1970, p. 17.

De esta manera, se estrecharán los vínculos entre la estrategia revolucionaria delimitada por el zaratismo y la corriente marxista en la cual se inscribían sus referentes. Amparado en el veredicto de que la forma que adquiere la lucha armada expresa los intereses de clase de quien la lleva adelante, el PCR catalogaba a las formaciones guerrilleras urbanas como expresiones políticas de la pequeña-burguesía. A modo de contraposición entre la inserción lograda por el partido en Perdriel y el secuestro del cónsul paraguayo Waldermar Sánchez –primera acción de las FAL–, el PCR forjará su contundente afirmación “vale más para hacer avanzar la conciencia de las masas obreras una lucha como la de Perdriel que cien secuestros”. En un sentido análogo, el PCR reafirmaba la tesis de que la teoría es efectivamente revolucionaria cuando se desarrolla en los marcos del marxismo-leninismo. Por tanto, las teorías marxistas percibidas como propiciatorias de una distorsión de las bases filosóficas del marxismo-leninismo eran señaladas como expresiones teóricas pequeño-burguesas. Quedaba establecida, de este modo, la asociación entre militarismo y teoricismo althusseriano:

En general los grupos partidarios del terrorismo urbano y militaristas que se proclaman marxistas acostumbran acompañar sus teorizaciones -que suelen ser organigramas para la revolución- con referencias a un marco filosófico y de la teoría del conocimiento supuestamente marxista-leninista; que parte no de Marx sino generalmente de intérpretes de Marx, como el filósofo del PC de Francia, Althusser [sic], al que a la vez interpretan a gusto y paladar de ellos. Generalmente parten de una ignorante o intencionada falsificación de la relación conocimiento-práctica social, reemplazando a ésta por la práctica de grupos aislados de acción directa³⁶.

La forma en la cual se presentaba al marxismo althusseriano en el marco general de la impugnación de la guerrilla urbana permite delimitar la especificidad de la lectura de Althusser en el proceso de consolidación del PCR. En primer lugar, las objeciones al althusserianismo están estrictamente vinculadas con la torsión operada

³⁶ *Ibíd.*, p. 19.

por esta corriente en la conceptualización de las relaciones entre teoría y práctica en la tradición marxista. En este sentido, la pertenencia de Althusser al PCF aparece únicamente como una referencia contextual a su trabajo como filósofo –valoración que se modificará radicalmente con la adhesión del PCR al maoísmo. Por otro lado, se evidencia una separación entre la obra de Althusser y la lectura que de ella hacían Malamud y Aguirre. La mención a una interpretación “a gusto y paladar de ellos” sugiere que lo que estaba en cuestión era, precisamente, la vinculación entre althusserianismo y guerrilla urbana, y no el marxismo althusseriano en sí. Tal como hemos visto, más allá de la singularidad del zaratismo, el althusserianismo había estado presente de manera significativa en las formulaciones relativas al trabajo de recuperación del carácter revolucionario del PCA.

Incluso el modo en el cual seguían siendo formuladas en las páginas de *Teoría y Política* las relaciones entre trabajo teórico y práctica política, permite dar cuenta de la pervivencia de las tesis althusserianas en el partido durante los primeros años de la década de 1970. Es decir, que al mismo tiempo que desde los materiales partidarios se lanzaban acusaciones hacia la articulación entre althusserianismo y lucha armada, aún gozaba de cierta legitimidad el tipo de intervención característico del momento de funcionamiento del CNRR: aquel centrado en la jerarquización del trabajo teórico y su concepción como momento necesario de la práctica revolucionaria. En este sentido, la nota dirigida a los lectores del número 4 de *Teoría y política*, a través del cual se retomaba la publicación de la revista, volverá a la explicitación de aquellos objetivos con los cuales había sido fundado el órgano de expresión teórica del partido. Reaparecerán, por tanto, el repaso crítico por las maneras en las cuales el PCA concebía la relación entre teoría y política –aplicación de juicios previos al estudio de la realidad concreta e investigación como demostración de tesis prefijadas– y el postulado sobre la ruptura teórica como la única garantía de que la separación política del reformismo sea efectivamente revolucionaria. Estas formulaciones tendrán, inclusive, una contundencia mayor que las desarrolladas en el proceso de conformación del CNRR: “no solo en política debe haber dos comunismo, sino

también en teoría pensamos en suma, en la teoría como arma de la revolución”³⁷.

Sin embargo, el texto se encargaba de destacar que la continuidad de la publicación, y por ende, el mantenimiento de un órgano de producción teórica en torno a los problemas nacionales y mundiales de la lucha revolucionaria, no eran criterios totalmente compartidos al interior del partido. Las lecciones que se pretendían extraer del ejemplo de Lenin dan cuenta tanto de un esfuerzo por legitimar la importancia del trabajo teórico como de las resistencias que estas concepciones despertaban en algunos sectores del partido. En primer lugar, se advertía sobre los peligros de que la mera invocación del *dictum* leninista “sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario” actuara como salvaguarda de una prolongación de las viejas concepciones sobre la relación entre teoría y política:

...consideramos más ilustrativo atender a su actitud personal [la de Lenin]: al esfuerzo que dedicó al estudio del desarrollo del capitalismo en Rusia, a la teoría del imperialismo, al problema del Estado, a la lucha contra los empiriocriticistas, a la teoría del Partido, etc. Debemos aprender de Lenin, más que las frases que dedicó a la necesidad de la teoría revolucionaria, aquello [que] lo impulsó en determinados momentos a considerar la lucha teórica como lo fundamental, llegando incluso, según él mismo, a descuidar sus otras labores³⁸.

De la misma manera, se le señalaba al militante comunista que la asunción del ejemplo de Lenin implicaba la realización de un trabajo teórico concreto que debía trascender las declamaciones sobre la necesidad de la teoría revolucionaria:

...repetir en mil lugares distintos que sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria, no tiene ni la milésima parte del valor que tiene la actitud del camarada que ante los problemas de su militancia diaria se dirige a los clásicos en búsqueda de los elementos teóricos que contribuyen a aclararle el panorama,

³⁷ “A los lectores”, *Teoría y Política*, N° 4, 1971, pp. I-II.

³⁸ *Ibíd.*, p. I.

a elaborar una propuesta proletaria revolucionaria, a ganar a la clase obrera para el comunismo³⁹.

Dichas formulaciones adquirirían un sentido bien definido a partir del análisis que se realizaba sobre la relación entre teoría y política en el PCR desde su fundación. Es decir, lo que a través del ejemplo leninista se afirmaba genéricamente para el militante comunista, se transformaba en señalamientos concretos al abordar de manera (auto)crítica la experiencia del partido durante los últimos años de la década de 1960 y los primeros de la de 1970. Por un lado, la defensa de la necesidad de que el partido contara con un órgano de producción y expresión teórica se acompañaba de una velada objeción a determinadas tendencias que propiciaban una subestimación del trabajo teórico. El hecho de que la revista no hubiese sido publicada durante 1970 por la dificultad de mantenerla económicamente era presentado como una evidencia de la importancia que el partido le prestaba a la lucha teórica. Por otro lado, el trabajo teórico era dotado de un carácter impostergable debido al destacado lugar que el PCR había adquirido en la coyuntura política argentina. Por tanto, se señalaba con preocupación que los significativos logros políticos adquiridos por el partido durante esos años –su participación en el desarrollo del sindicalismo clasista y en las movilizaciones estudiantiles– no hubiesen estado acompañadas por el necesario *control teórico*. Finalmente, la ausencia de un trabajo teórico sobre los hechos políticos quedaba estrechamente asociada a unas implicaciones para el presente y el futuro del partido que no podían ser sino desfavorables: “descuidar el conveniente tratamiento teórico de éstos puede acarrear consecuencias negativas en el futuro del PCR”⁴⁰.

El giro maoísta: antirrevisionismo y antialthusserianismo en el PCR

La perceptible ambigüedad en las conceptualizaciones acerca de las relaciones entre teoría y política, y especialmente en las formulaciones sobre la necesidad del

³⁹ *Ibíd.*

⁴⁰ *Ibíd.*, p. II.

trabajo teórico, se despejará a partir del progresivo alineamiento del PCR con el Partido Comunista Chino. En su Segundo Congreso, realizado en abril de 1972, el PCR ya identificaba la diferenciación desarrollada por el PCCh con respecto a la URSS como uno de los hitos fundamentales del proceso de reconstrucción revolucionaria del movimiento comunista internacional, y catalogaba a la República Popular China como “el destacamento más avanzado de las fuerzas que enfrentan antagónicamente al imperialismo y al revisionismo”⁴¹. Será, sin embargo, el Tercer Congreso partidario, realizado en marzo de 1974, el que terminará de ubicar al PCR en la senda del maoísmo. Se definirá una posición centrada en la contradicción entre las naciones oprimidas, por un lado, y el imperialismo y el socialimperialismo, por el otro. Al mismo tiempo, se hará un llamamiento a la creación de un Frente Popular de Liberación, en el cual convergerían las clases dominadas con intereses democráticos y revolucionarios, y un Ejército Popular de Liberación, el cual estaría integrado por milicias obreras y campesinas con mando operativo subordinado a consejos de fábrica y consejos populares revolucionarios. Todo ello contribuirá, en consecuencia, a una potenciación de la estrategia de insurrección popular armada y a un endurecimiento de las posiciones del partido frente a las organizaciones armadas, designadas peyorativamente como “formas organizativas de ‘laboratorio’”⁴². Finalmente, la Revolución Cultural Proletaria, saludada como continuación de la lucha de clases en las condiciones de la dictadura del proletariado y resolución de la batalla entre restauración burguesa y vía socialista, se transformará en el horizonte teórico y político del accionar del partido y en la vara privilegiada a partir de la cual eran juzgados los posicionamientos del resto de las organizaciones y partidos de la izquierda argentina.

Solo el despeje de las ambigüedades en torno a la *práctica teórica* operado por la contundencia del *giro maoísta* permite explicar el significativo lugar otorgado a la refutación de Althusser en las páginas del “Balance de la actividad del partido” que

⁴¹ PCR, *Segundo Congreso del PCR*, 7, 8 y 9 de abril de 1972, p. 9.

⁴² PCR, *Tercer Congreso del PCR*, 2 y 3 de marzo de 1974, p. 15.

acompañaba las resoluciones del Tercer Congreso partidario. No deja de resultar llamativa la mención a un teórico marxista que no era Marx, Lenin o Mao en un texto partidario que trataba problemas tales como la construcción y el fortalecimiento del partido, la formación de cuadros, la vigilancia revolucionaria, la clandestinidad, la propaganda y las finanzas. El funcionamiento del partido bajo la consigna “no se puede ser marxista-leninista sin ser maoísta” implicaba necesariamente la abjuración de un pasado en el cual las concepciones sobre la relación entre teoría y política habían estado signadas indudablemente por las tesis althusserianas –de manera contundente en el caso del zaratismo y difusamente durante el funcionamiento del CNRR y los primeros años del PCR. Se relataba una lucha épica en la cual el marxismo-leninismo-maoísmo había logrado “desentrañar los profundos lastres revisionistas en el plano teórico que aún subsistían en nuestro Partido”. Si bien dichos lastres parecían referir ampliamente a desarrollos teóricos juzgados como revisionistas, el Balance dejaba en claro que la lucha tenía un blanco bien específico:

Particularmente frente a la influencia que en el plano de la filosofía había ejercido la teoría revisionista de Althusser. Teoría que impugna el materialismo, especialmente la teoría marxista del reflejo, separando el proceso de conocimiento de la práctica social, que adocena la dialéctica marxista para convertirla en una dialéctica vacía de contenido y apta para la conciliación⁴³

A partir de 1972, *Teoría y política* perderá el carácter de espacio de discusión teórica que había tenido anteriormente, disminuyendo los artículos publicados por número y priorizando la defensa de la línea del PCCh –con su consiguiente diatriba antisoviética– y los problemas de la coyuntura política argentina. En este marco, la revista publicó en 1972 y 1973 dos artículos escritos por altos dirigentes del partido y destinados a la impugnación del althusserianismo y sus usos en el comunismo argentino: “Actualidad de la Revolución Cultural Proletaria China” de Irusta, en el número 9, y “Problemas actuales en la lucha ideológica”, de Lucas Figari [seudónimo de José Ratzler], en el número 10. Ambos textos, si bien más sofisticados que lo que

⁴³ *Ibíd.*, p. 60.

se desprendía de las formulaciones antialthusserianas del “Balance” del Tercer Congreso partidario, participaban de los mismos impulsos que caracterizaron esta nueva etapa de la revista. Las dos intervenciones ubicaban a Althusser como parte de un pasado revisionista finalmente abandonado, como una expresión teórica diametralmente opuesta al modelo propiciado por la Revolución Cultural China y como el responsable de determinados posicionamientos teóricos y políticos en el seno del comunismo argentino –los cuales eran signados como objetos de refutación a los fines de establecer una línea política realmente revolucionaria para la coyuntura argentina.

En la misma línea que los materiales partidarios, Irusta invocaba el alineamiento maoísta del PCR como el proceso que había permitido a los militantes del partido advertir el error de haber adherido “expresa o tácitamente, sin mayor rigor teórico y sin investigación concreta, a afirmaciones equivocadas e hipócritas como la del conocido teórico del PC revisionista francés, Althusser”⁴⁴. En este mismo sentido, cargaba nuevamente contra “Zárate”, al que describía como “un ilustrado defensor de la escuela ‘althusseriana’ en el país”, al que acusaba de haber propuesto “impulsar la formación teórica y práctica’ del PCR a partir de las teorías de Althusser”, y al que consecuentemente responsabilizaba por haber convertido a Althusser en el “guía teórico de muchos militantes”⁴⁵ del partido.

Sobre este sustrato se llevaba a cabo un repaso por las tesis centrales de *Lire Le Capital*, ejercicio que se realizaba a través de una contraposición entre estas y los textos de Mao. De esta manera, Irusta intentaba evidenciar la raigambre revisionista y el carácter especulativo del althusserianismo a partir de lo que era percibido como una impugnación de la teoría del reflejo, un rechazo de la práctica social como criterio de verdad del conocimiento, una reducción de la política a la ideología y una separación del concreto real y el concreto del pensamiento. A su vez, una desmentida

⁴⁴ R. Irusta, “Actualidad de la Revolución Cultural Proletaria China”, *Teoría y Política*, N° 9, 1972, p. 14.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 17.

de la autocrítica realizada por Althusser en la Advertencia a la segunda edición francesa de *Lire Le Capital* pretendía dejar en evidencia una fusión entre materialismo e idealismo: no había sido la terminología de Althusser la que estaba próxima al estructuralismo, sino su *contenido*. Todo ello coronado con la postulación de la Revolución Cultural como guía para el militante maoísta argentino. Frente a esta, Althusser como “el maestro por el ejemplo negativo”, y los althusserianos, como comunistas que “no romperán jamás con el revisionismo moderno mientras no rompan con este filósofo del mismo”⁴⁶.

La intervención de Figari también daba lugar a una historización de la presencia de Althusser entre los militantes del partido, la cual se inscribía asimismo en los parámetros delimitados por los documentos partidarios y el texto de Irusta. La articulación entre la renovación del marxismo propiciada por Althusser y la formulación de una estrategia centrada en la lucha armada era presentada retrospectivamente como un intento de hacer ingresar teorías no proletarias en el seno del PCR. En este sentido, la línea propuesta por el zaratismo era descrita como la combinación entre “la improvisación, la ligereza e inconstancia pequeñoburguesas con teorizaciones positivistas”⁴⁷. Demostrado el carácter positivista del althusserianismo a partir de una lectura de sus postulados alrededor de las relaciones entre ciencia y filosofía, la intervención de Figari se dedicaba a la reconstrucción y explicación de la introducción de Althusser en el PCR. El althusserianismo aparecía como una corriente más que había disputado el espacio teórico del partido en los momentos en que este aún no había delineado una clara línea proletaria. La presencia de Althusser, por tanto, era ubicada en una serie de la cual también formaban parte el existencialismo (Marcuse), la teoría del excedente económico (Paul Baran y Paul Sweezy), concepciones impulsivas (Luxemburgo) y el trotskismo (Nahuel Moreno). El resguardo y la seguridad que prometía la lectura de Marx realizada por Althusser habían sido, según Figari, los elementos posibilitadores de la difusión del

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 20.

⁴⁷ L. Figari, “Problemas actuales de la lucha ideológica”, *Teoría y Política*, N° 10, 1973, p. 7.

althusserianismo en las filas del partido. En un contexto signado por la existencia de múltiples lecturas de Marx, Althusser le garantizaba al militante comunista una *lectura correcta* del texto marxista:

Frente a este tembladeral apareció la figura de Althusser. Su autosuficiencia trajo tranquilidad a los espíritus atormentados, quienes veían esfumarse una a una las verdades conquistadas por el marxismo. Los esquemas, las fórmulas con manejo de todas las letras del abecedario, prometían un poco de orden en el desorden que se había producido en la casa del marxismo. El supremo restaurador, Althusser, erigió un altar a *El Capital*, y en él encontró la Teoría (así, con mayúsculas). Para hacerlo demolió a Lenin (sin manejar su obra) y vilipendió a Engels, haciéndolo aparecer como un empirista grosero⁴⁸.

La historización realizada por Figari era la única que se adentraba en la especificidad de los efectos políticos generados por el althusserianismo. Si bien compartía el sustrato interpretativo que tendía a conceptualizar la obra de Althusser como una expresión teórica pequeñoburguesa, este análisis intentaba dar cuenta de las mediaciones establecidas entre los principales aspectos teóricos del althusserianismo y determinados posicionamientos políticos de la militancia comunista.

Los núcleos centrales a partir de los cuales Figari delimitaba dichas afinidades eran las formulaciones althusserianas en torno a la práctica teórica y la sobredeterminación. A su entender, las primeras tendían a escindir teoría y práctica, legitimando un modo de intervención centrada en el trabajo teórico. Es decir, a partir de la práctica teórica, Althusser “encerraba la obra marxista en un mundo impermeable a la sucia lucha cotidiana, lo que conviene mucho a los espíritus pequeñoburgueses, que no gustan de la contaminación, de los ‘compromisos’ de la política y que están por encima de las masas con sus conocimientos librescos”⁴⁹. Las segundas dotaban de importancia a las contradicciones secundarias, haciendo más

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 12.

⁴⁹ *Ibíd.*

tolerable el advenimiento del proceso revolucionario. Por tanto, la sobredeterminación contribuía a “resolver la impaciencia pequeñoburguesa: las masas aprenden por su experiencia, pero como esto es muy largo y difícil, hace falta ‘estimular’, ‘activar’ a estas masas desde fuera de su lucha diaria”⁵⁰. En suma, el althusserianismo colmaba las pretensiones militantes de una línea política que aún no era lo necesariamente proletaria. De allí que las tesis de Althusser sintonizaran con dos de los peligros que acechan a una línea efectivamente proletaria: el teoricismo y el izquierdismo. En palabras de Figari, con Althusser “las dos almas de la pequeñaburguesía están satisfechas. Se va a una torre de marfil ‘marxista’ o se va al terrorismo urbano o al foco rural que dan el puntapié inicial a las masas”⁵¹.

Conclusión

La crisis abierta en el seno del PCA a mediados de la década de 1960 constituyó un fenómeno propicio para la incorporación de las tesis althusserianas en los discursos sostenidos por sus intelectuales. El proyecto de recuperación del carácter revolucionario del partido estuvo atravesado por una jerarquización del trabajo teórico. Convencidos de que el rumbo errático del comunismo argentino se debía tanto a una limitación política como a una teórica, algunos grupos disidentes comenzaron a postular la necesidad de sustentar la formulación de la línea partidaria en un estudio científico de la realidad argentina. Esta tarea, que tendía a equiparar las tareas teóricas con las del trabajo político, se pretendía superadora de los modos tradicionales a través de los cuales el partido había concebido la relación entre teoría y práctica. La referencia a dichos modos en términos de una práctica teórica distorsionada daba cuenta del esfuerzo por trascender una concepción de la teoría según la cual esta operaba únicamente como legitimadora de una línea política fijada de antemano.

Si bien las formulaciones althusserianas permearon los discursos esbozados a lo

⁵⁰ *Ibíd.*

⁵¹ *Ibíd.*

largo del proceso de recuperación revolucionaria del partido, uno de los grupos que disputaban la dirección de dicha tarea se destacó por haber propiciado una articulación explícita entre el althusserianismo y una línea política alternativa a la sostenida por el CC. En este sentido analizamos la apelación realizada por el zaratismo a diversas tesis althusserianas con el objetivo de delimitar una estrategia de lucha armada para la coyuntura argentina de fines de la década de 1960. La derrota del zaratismo en el momento de fundación del PCR le otorgó al althusserianismo un derrotero singular en las discusiones teóricas y políticas establecidas por el partido. Vimos al respecto que un espacio significativo de los discursos de los cuadros partidarios estuvo ocupado por refutaciones de las tesis althusserianas. La condena a las formas organizativas que había propuesto el zaratismo conllevó un trabajo sistemático de crítica a la relectura del marxismo propuesta por Althusser. Advertimos, sin embargo, que junto a esta denuncia siguieron existiendo dentro del partido esfuerzos por dotar al trabajo político del necesario acompañamiento de las tareas teóricas. De este modo convivieron en los primeros años del partido una diatriba antialthusseriana con un discurso acerca del trabajo teórico que remitía precisamente a las propuestas del marxista francés.

La pervivencia de formulaciones althusserianas declinó a la par de la ubicación del PCR en la órbita del comunismo chino. La profundización del enfrentamiento con las organizaciones armadas y la identificación del PCF como paradigma del revisionismo tendieron a reforzar el discurso antialthusseriano. Por un lado, la línea partidaria siguió encontrando legitimidad en la superación de aquella articulación entre marxismo althusseriano y lucha armada. Por el otro, identificando a Althusser como un filósofo que introducía elementos idealistas en el marxismo dada su participación en el partido comunista más revisionista de Europa. La contundencia del giro maoísta operado por el PCR permite comprender el lugar ocupado por Althusser en los textos escritos por los máximos dirigentes en la revista del partido. En el proceso de orientación hacia el maoísmo el althusserianismo constituyó un vector que permitía contraponer de manera efectiva, en el contexto mundial, la

Revolución Cultural a la línea revisionista, y en el contexto nacional, la política del PCR con la de las organizaciones armadas.

Bibliografía

Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1968.

Althusser, Louis, *Para leer el capital*, Siglo XXI, México, 1967.

Althusser, Louis, *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos de Psado y Presente, 8ª ed, México, 1977.

Figari, Lucas, “Problemas actuales de la lucha ideológica”, *Teoría y Política*, N° 10, 1973.

Irusta, Rosendo, “Las vías de la revolución”, *Nueva Hora*, N° 6, Junio de 1968

Irusta, Rosendo, “Actualidad de la Revolución Cultural Proletaria China”, *Teoría y Política*, N° 9, 1972.

Marín, Andrés, “Espontaneidad y conciencia de clase”, *Teoría y Política*, N° 1, enero-febrero de 1969.

Zárate, Camilo y Zárate, Gervasio, “Ciencia y violencia”. *Teoría y Política*, N° 2, marzo-abril de 1969.

PCA-CC; FJC, *Hacia el °IX Congreso por la unidad y la defensa de la E.J.C. y el P.C. sobre la base de los principios leninistas*, Octubre de 1967.

FJC, “¿Por qué no se quiere discutir?”, *Forjador. Revista bimestral del Comité Ejecutivo*, 1967.

PCA-CNRR, “Declaración constitutiva del Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria”. *Nueva Hora*, N° 1, 12 de febrero de 1968.

PCR, *Primer Congreso del P.C.R.*, 11, 12, 13 y 14 de diciembre de 1969.

PCR, *Segundo Congreso del PCR*, 7, 8 y 9 de abril de 1972.

PCR, *Tercer Congreso del PCR*, 2 y 3 de marzo de 1974.

“Presentación”, Revista *Teoría y Política*, N° 1, enero-febrero de 1969.

“A los lectores”, Revista *Teoría y Política*, N° 4, 1971.